

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

Carta a un divorciado

Hacia algún tiempo, mi querido amigo, que deseaba hablar con usted; mejor dicho, escribirle despacadamente, pues estas cosas que siguen quedan mejor negro sobre blanco a fin de facilitar la reflexión consiguiente.

Sé que se ha divorciado usted. Mala cosa. Imagino sus días. Hoy, por ejemplo. Supongo que habrá hecho la cama antes de salir para el trabajo y tras leer esa desconsoladora noticia de que una de cada tres parejas acaban por separarse en las grandes ciudades españolas. ¿Por qué en las grandes ciudades? La respuesta parece sencilla, aunque en el fondo haya, cómo no, la consiguiente complejidad que suele constituir la característica fundamental de todo lo humano. Pues bien, le diré que las grandes ciudades —y usted lo sabe, sin duda— empujan al aislamiento, exigen un eterno y cruel triunfo profesional para seguir siendo alguien en ellas, no nos asisten en nuestras necesidades. Es decir, nos derrotan. Y esa derrota acaba por alcanzar al ser mismo de la pareja, que naufraga al tocar su quilla en los bajos traidores de la neurosis tributaria a tanta inhumanidad. Porque usted, mi buen amigo divorciado, no se ha separado porque se arrebatará, incendiara o se traspusiera en un nuevo amor. Eso ocurriría solamente hará cosa de sesenta o setenta años. Por eso el divorcio era escaso. Los hombres no solemos subyugarlos hasta el punto de la superación por el requerimiento físico de otra mujer. Usted se ha separado porque se sentía explotado socialmente, derrotado profesionalmente, degradado como miembro de una colectividad degradada a su vez. Por eso se separó. Por falta de felicidad. Y ahora añade a esa carencia de felicidad más infelicidad todavía. Su pareja se estrelló contra una sociedad que nos envenena hasta la intimidad. Algún día harán los psicólogos sociales y los sociólogos una descripción más válida que la mía respecto a lo que supone la destrucción de nuestras relaciones con el entorno sobre la totalidad de nuestra aventura existencial.

Pero, ante todo, mucho ánimo. Antes de salir de casa haga usted la cama. No deje que

las cosas se le amontonen por pura laxitud personal. Y eche al cesto de la ropa sucia esos calcetines que se le han olvidado junto a un zapato que ha perdido su par en la casa revuelta. Compruebe el gas antes de irse a la calle y apague las luces, todas las luces, incluso las que en su cerebro le iluminan un pasado que duele cruelmente. Porque el pasado duele siempre, mi querido amigo. A cierta edad, mucho más. Pienso que quizá sea ley humana esta capacidad de dolor que tiene el pasado. Una ley que pondría en relación la cantidad de felicidad que se nos ha ido con la escasa vida que nos queda por vivir. ¿Somos, además, tan torpes para olvidar! E incluso para perdonar, que es la más noble calidad que conozco respecto al olvido.

Usted se ha divorciado. Ha roto una de esas parejas que naufragan en las grandes ciudades españolas. Y ahora tiene las manos enredadas en tan absoluta y absurda libertad que no sabe qué hacer con ella y, mucho menos, cómo manejarla. Porque la libertad necesita unos límites que la conviertan en bien entendible y asumible. La libertad personal, claro está; no la libertad social. Igual que el confort, la felicidad o el equilibrio. Todos esos valores están hechos de limitaciones personales, todos han de tener unas fronteras para que sepamos sus usuarios dónde empiezan y, sobre todo, dónde acaban. Cuando se es feliz sin fronteras la misma felicidad termina en tristeza, aburrida de sí misma. Cuando la libertad personal no posee límites referenciales el cuerpo se disuelve en la indecisión. Ahora, mi querido divorciado, está usted prácticamente disuelto. Antes ella era su frontera. Ella y las cosas a las que ella y usted hacían diaria referencia para saber una vez más quiénes eran. Pero ahora esas cosas no le dicen nada y los mismos amigos carecen de parte de su sentido: el sentido que les daba ella.

Vivir, mi querido y libérrimo amigo, es referirse siempre a algo en un triángulo que forman, siempre, siempre, ella, usted y las cosas. Y ahora que ella no está, las cosas se

han quedado sin sentido. Es muy importante, pero que muy importante, comprender que el ser humano resulta incognoscible para el otro de no emplearse la triangulación, como es imposible navegar si no se hace lo mismo respecto a las estrellas. Situarse en la vida, es decir, entender al otro es siempre un ejercicio referencial a terceras cosas. Las cosas que nos rodean constituyen el lenguaje con que nos entendemos con el prójimo y, sobre todo, con la mujer para el amor. Un hombre y una mujer que se aman son un hombre y una mujer que hablan idénticas cosas sobre el contorno que les resulta idéntico. Cuando ese contorno se vuelve ambiguo y falta de común significación —por una derrota profesional o un cambio de fortuna— la pareja se disuelve. Rehacer la pareja equivale, en sentido contrario, a rehacer el mundo referencial mediante una reconstrucción de la lectura del mismo en común.

Pero ánimo, que se levantará usted. Ante todo adquiera camisas que no necesiten plancha. Después procure comer algo caliente con regularidad. No se puede vivir de queso y café. Su tripa ha desaparecido. Otro punto de referencia que se va. Ya sin tripa tiene usted más ocasiones de ligar, usando un verbo muy campechano y actual. Pero ligar sólo resulta aceptable como aventura si realmente lo es, o sea, si constituye una transgresión del matrimonio, tantas veces trasgresión absolutamente frívola y sin alcance alguno. ¿Para qué ligar en la libertad sin fronteras? En la libertad sin fronteras o absoluta el deseo se convierte en un recuerdo. Y los recuerdos fatigan cuando son dolorosos.

Animo, mi querido divorciado. Esto dura un par de años. Me refiero a la terrible angustia que comprime el esternón. Dentro de un par de años usted estará otra vez tranquilo. Y le dará igual no saber dónde empiezan sus mañanas ni donde acaban sus tardes. Porque la frontera de referencia era ella. Y ella ha dejado de estar en su piel para estar en su cabeza. Mal sitio para sentar a una señora.

(*) Escritor

Progreak retro

Progreak beti izaten dira hurrengo modaren aintzindari. Baina oraingoan, beste mailatan ere neoklaskoa, eta retroak oro, biltzen dituzten ulean, politikaren alorrean ere halako «du déjà vu» kutsua bilatzen dute. Moda beti nagusi, beraz, frankismoaren garaian bezalaxe, besteak beste: orduan gorria eramaten zen, orain neo-liberalismoa.

Gure garaikideek, adibidez, zauskada latza jasan genuen, gazte denboran, Koestler en «El cero y el infinito» irakurri genuen. Pertsonaren definizio gupidagabe hura, mingarri zituzan: «Persona ez da miloi bat pertsonatako multzoaren milioirena baizik». Ez naiz oroitzen Rubachov en ahotan ez ete zetorren. Baina hori berdin zaigu.

Hiper-kolektibismo horren kontra jaku bide zen zerbait gure barruan; ez baitzen harrigarria Kierkegaard-en eta Camus-en irakurle amorratu haiegan.

Gure konturatu ginen, ordea, gure individualkeri haiekteki hozi-arazten zituztela bai Estatu ahalguztiduna, eta bai monopolioak eta «holding» delakoak. Inor ez baita zuzenki bere klasean edo gizaterian integrazten. Tarteko multzo batzuen beharra konprentitu genuen; eta abertzaletasuna eta autogestioa (nazioa eta produzio-unitate mugatuak, bestela esanda) beharrezkotzat jo genuen. Eta burua eta bihotza elkarturki agertu ziren bolada batez.

Hots, ezker berria saldu duten intelektualen eskutik (eta hien izen-denturrik zehatu beharrik ez dago, nik uste), neo-liberalismoaren olatu berria, agertu da. Eta gure arteko progreak segituan apuntatu dira larrosaz jastera: «hay que rescatar al individuo, a la persona, frente a las concepciones estrictamente colectivistas».

Tarteko instituzioak, federalismoa eta autogestioa aipatu beharrien, sozialismoaren aurreko posiziotara eraman nahi gaituzte orain; bai ekonomian eta bai politikan «rousseau-nianismo» aingeruterrera eramanez. Progreak retro bihurturik, hitz batez, eta Fraga-ren ondoren orpoz orpo... Interesgarria!

TXILLARDEGI

hemeroteca

Rehenes y elecciones

(«El País», 7-5-88)

El comportamiento de París no merecería apenas otro reproche que la ausencia de miras a largo plazo respecto al polvorín en que se ha convertido Oriente Próximo si el Gobierno francés no hubiera aplicado una política simétricamente contraria en el otro extremo del mundo, en Nueva Caledonia, donde los independentistas canacos se han inclinado hacia métodos de violencia más por la ceguera francesa que por voluntad propia. Los canacos que rechazan la permanencia de la dominación francesa representan el 80 por ciento de la población indígena: son marginados de las instituciones; su cultura es despreciada, y su personalidad nacional, negada. El Gobierno de Chirac ha cortado todo diálogo con las fuerzas independentistas, que Mitterrand, en cambio, propugna. Apoya las actitudes abiertamente racistas de muchos de los colonos de origen francés, cuyo número es hoy superior a la población nativa gracias precisamente a una política de inmigración exactamente inversa a la que la derecha francesa precociza ahora para la metrópoli. Nada de esto justifica los secuestros cometidos por los grupos independen-

tistas. Pero la reciente operación militar francesa, con la cifra aterradora de canacos muertos, subraya la brutalidad de una política de inspiración colonialista, incompatible con la época histórica en que vivimos.

A la deriva

(Antonio Gala, «El Independiente», 6-5-88)

Gozamos de un Gobierno que maltrata la educación, y a los educadores los hace dispararse y perder su ejemplaridad. Que exige a los obreros moderarse en sus reivindicaciones mucho más que otros estamentos sociales. Que protege, con descarada pertinacia, los más bajos instintos del capital. Que ha malversado, con increíble velocidad, el caudal de ilusión y de confianza que depositó un pueblo casi entero en sus manos. Que malbarata los dineros públicos en actuaciones como mínimo dudosas. Que coloca en la empresa privada, con frecuencia estremecedora, a sus miembros más conspicuos. Que contempla imperturbable un país ahito de problemas que nadie parece intentar resolver. Que acomete una política de falsillas «nunca mejor dicho», carente de imaginación y de atractivos. Que es presidido por alguien que, a semejanza de Juan Pablo II, se dedica a viajar y enaltecerse, mientras dentro de casa la

mugre llega al techo. Que no tiene proyectos, ni ideales. Que ha olvidado el luminoso imán de la utopía... ¿Cómo no van a llorar los dioses sobre España?.

Se acabaron, a mano airada, los ensueños de hace apenas seis años, las aspiraciones de una nueva vida en común y alegre, las convicciones que nos condujeron a la victoria, la pasión por la fraternidad y por la ética: cuanto nos acompañaba y nos prendía y nos hizo arder juntos. Vamos a la deriva. Quedan sólo la técnica total de mercado, la lejana macroeconomía, la manipulación de las estadísticas, las gelidas leyes de los grandes números. O sea, en apariencia, nos queda sólo «pie a tierra» la eficacia.

Una gran acción

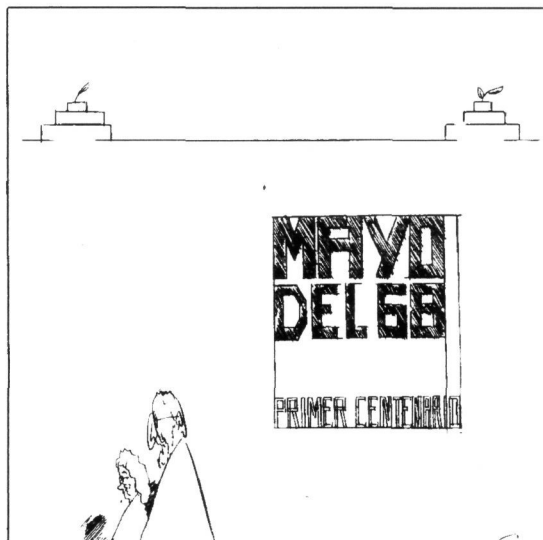
(Claude Charriere, «Le Quotidien de Paris», 6-5-88)

Nos maravilla la acción del comando en la isla de Ouvea, operación como para reforzar un alma nacional debilitada por exceso de abandonos y perjuros. Además de la liberación de los rehenes, los hechos felices de esta hazaña de nuestras tropas de choque, verdadera carga de brigada ligera que nadie osaba esperar, habrá servido para rebajar los humos de las minorías beligerantes que, desde el Pacífico hasta las Antillas, pasando por

Córcega y el País Vasco, pretenden dictar, a golpe de aseninatós, bombas atrevidas y de arrogancia intolerable, su ley a la nación.

Esta canaquería universal, tardía frente de liberación perteneciente a

la cola del cometa descolonizador, debe recordar que nosotros somos ejércitos, como las aguas fertilizadoras, se han extendido varias veces por el mundo.



«El País»